

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino, daba una sacudida eléctrica, á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacian en París, corrian con la velocidad del rayo de club en club, hasta las provincias mas distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardía el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre si, y estaban en correspondencia, con la sociedad matriz. Aquel gobierno, era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal, pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasladémonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y veremos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al menos, hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto, que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna, ocupa al sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aun, con el emblema de la comunidad ó cofradia á que pertenecieron sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo, que están impacientes por subir á ella cuanto antes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados, iluminan imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer mas perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mugeres entusiastas por el

nuevo orden de cosas, que acuden allí con sus pequeños, para que mamen la leche de la revolucion, mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorumpen en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones, entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los simbolos de la religion, ó de la dignidad real, para quemarlos despues en medio de los mas feroces aullidos. ¡Qué pueblo por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez mas fuertes desde fines del año 1790, en todas las ciudades del reino! Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organizacion del club de los jacobinos.

## XXI.

El club de los franciscanos escedia aun al de los jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados, habian tratado, y aun empezaron á reunirse, pero falta siempre energia en las sociedades que están meramente á la defensiva, asi como las que toman la ofensiva, logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud, hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron a casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execracion pública, con el mismo acento con que habia escitado y reunido á los amigos de la *Constitucion*. La libertad no era todavia sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.

¿Qué podía hacer el rey, acosado por un lado por una Asamblea que se había abrogado todas las funciones ejecutivas, y por otro, por aquellas reuniones facciosas que usurpaban todos los derechos de la representación nacional? Sin fuerza propia entre estos dos rivales, el rey recibía de rechazo los golpes de unos y otros, y todos los días era ofrecido en sacrificio al populacho por la Asamblea nacional.

Sola una fuerza mantenía el orden exterior y sostenía aun, la sombra del trono: esta fuerza era la guardia nacional de París. Esta, sin embargo, era una fuerza neutral que no reconocía mas ley que la de la opinión, y que fluctuando entre las facciones y la monarquía, podía mantener el orden público, pero no era á propósito para prestar un apoyo firme é independiente al poder político. Era, en fin, una parte integrante del pueblo, y una intervención armada contra la voluntad de éste, la hubiera tenido por un sacrilegio. Creada por sí misma el 15 de julio en la casa de la municipalidad, no obedecía mas órdenes que las que emanaban de aquella corporación, que la había dado por jefe principal al marqués de La Fayette. Los hombres honrados no podían haber escogido otra persona que los representase mas dignamente.

## XXH.

El marqués de La Fayette era un patricio, dueño de un caudal inmenso, y estaba enlazado por su casamiento con la hija del duque de Ayen, con las principales familias de la corte. Había nacido en Chavagnac en la Auvernia el 6 de setiembre de 1757, y á pesar de hallarse casado desde la temprana edad de diez y seis años, la sed de adquirir gloria le había hecho abandonar su patria en 1777. Era aquella época la de la guerra de la independencia en la América inglesa, y el nombre de Washington, resonaba en ambos continentes. Un adolescente

tuvo la osadía de querer igualarse á aquel hombre, en medio de las delicias de la afeminada corte de Luis XV y este hombre fué La Fayette. Armó secretamente dos navios á sus espensas, cargólos de armas y municiones para los insurgentes, y llegó felizmente á Charlestown, siendo recibido por Washington, como hubiera podido recibir á un enviado de Francia. La Fayette y los jóvenes oficiales que le acompañaban eran la manifestación evidente de los votos secretos de un gran pueblo, en favor de la independencia del Nuevo Mundo. El general americano se sirvió de Mr. de La Fayette en aquella larga guerra, cuyas mas insignificantes escaramuzas adquirían las proporciones de batallas campales, al atravesar los mares.

La guerra de América, mas notable por sus resultados, que por sus combates, era mas á propósito para formar republicanos, que para hacer grandes guerreros. La Fayette la hizo con heroísmo y decisión y se grangeó la amistad de Washington. Este escribió con su mano el nombre de un francés, en los registros de la fundación de una colonia trasatlántica, y aquel nombre volvió á Francia como un eco de libertad y de gloria. La popularidad, compañera inseparable de la gloria, siguió al joven La Fayette por todas partes. En cuanto regresó á su patria, se vió adoptado por la opinión pública, y aplaudido y coronado en el teatro de la ópera. La reina le saludó con una graciosa sonrisa, el rey le nombró general, Franklin le hizo ciudadano, y el pueblo le adoró como su ídolo. Estos favores del público le enervaron y decidieron de su suerte futura. La Fayette halló tan dulce esta popularidad, que nunca quiso consentir en desprenderse de ella, y aunque los aplausos no son la gloria, mas tarde adquirió toda la de que era digno, imprimiendo á la democracia el sello distintivo de su carácter, la honradez.

Próximo estuvo Mr. de La Fayette el 14 de julio á verse levantado sobre el pavés, por los ciudadanos de

Paris. Nuevo frondista de la corte, revolucionario de buena casa, aristócrata por su cuna, demócrata por principios, y cubierto de una aureola de gloria militar adquirida en países remotos, reunía en su persona mas cualidades de las necesarias para ser el jefe natural de un ejército de ciudadanos. La gloria que había adquirido en América, reflejaba en París y le daba un prestigio, que como todo el que conquista á grandes distancias del pais natal, podía llamarse casi inmenso. El nombre de La Fayette eclipsaba todos los demas, y Necker, Mirabeau y aun el duque de Orleans, perdieron gran parte de su popularidad en cuanto La Fayette estuvo de regreso en su patria. Su nombre fué el de la nacion por espacio de tres años. Arbitro supremo, sobresalia en la Asamblea por la autoridad que le daba el mando supremo de la guardia nacional, y en ésta, por la que le comunicaba el ser el miembro mas influyente de la Asamblea. De la reunion de estos dos títulos resultaba una verdadera dictadura: como orador valia poco, y no había en su palabra aquella firmeza y electricidad que impresionando el espíritu, vibran en el corazón y encienden el ánimo de los oyentes. Educado en la elegancia de los salones y nada conocedor del lenguaje diplomático de la política, hablaba de libertad valiéndose de unos términos, que ponian de manifiesto su origen aristocrático. El solo acto parlamentario de La Fayette, fué la publicacion de los *Derechos del hombre* que hizo adoptar por la Asamblea nacional. Este decálogo del hombre libre, hallado por La Fayette en las selvas de América, encerraba mas conceptos metafísicos que máximas de verdadera política, y era tan poco aplicable á una sociedad constituida y antigua, como lo sería la desnudez completa del salvaje para el hombre civilizado acostumbrado á cuidar con esmero del adorno exterior de su persona. Aquel escrito tenia el mérito, sin embargo, de presentar al hombre en toda su desnudez, manifestando lo que era, y lo que de-

bia ser, á no existir las preocupaciones, desarrollando á su vista el verdadero ideal de sus deberes, y de sus derechos. Era el grito indignado de la naturaleza contra todas las tiranías; grito, que estaba destinado á hundir en el polvo el mundo antiguo, gastado por la esclavitud, para que surgiese de él un mundo nuevo. El honor de La Fayette consistió en haberlo dado á conocer.

La confederacion de 1790, fué la época del apogeo de Mr. de La Fayette. Aquel dia eclipsó al rey y á la Asamblea, porque la nacion armada y pensativa asistía á aquel acto, y La Fayette era el que la mandaba. Aunque podia obrarlo todo, nada intentó, y su desgracia consistió entonces en la posicion crítica que ocupaba; hombre de transicion se veía dominado por dos ideas á un mismo tiempo; á haber tenido una sola, hubiera dispuesto como dueño absoluto de los destinos del pais. La monarquía y la república estaban igualmente á su alcance, si hubiese querido estender el brazo para apoderarse de una ú otra, pero lo detuvo á medio camino y no pudo obtener sino un recuerdo de libertad. Al mismo tiempo que trataba de inspirar entusiasmo hácia las instituciones republicanas, defendía una Constitucion monárquica y un trono, y por la contradicción aparente que se veía en sus principios, aparecía como un traidor siendo en la realidad un hombre muy recto y justificado. Soldado de la monarquía por deber, peleaba en su defensa, aunque su corazón y sus convicciones se hallaban en las filas de los republicanos. Protector del trono, era al mismo tiempo el que le infundia mas terror. Esto justifica suficientemente el concepto, que de La Fayette ha formado la posteridad; La monarquía y la república le son deudoras de servicios importantes; ambas instituciones están á pesar de esto, resentidas con él, porque con las dos ha quedado mal. Ha muerto sin ver el triunfo de ninguno de estos dos grandes principios políticos, pero ha muerto virtuoso y popular. Además de sus virtudes privadas,

estuvo adornado de otra pública, que le valdrá el perdón de sus defectos, y hará inmortal su nombre, y es, que antes, despues, y en mayor grado que todos sus contemporáneos, tuvo el sentimiento, la constancia y la moderacion de la revolucion.

Tal era el hombre, y tal el ejército en que se apoyaban, el poder ejecutivo, la tranquilidad del pais, el trono constitucional, y la vida del rey.

## XXIII.

Este era el estado de los partidos, de los hombres y de las cosas en 1.º de junio de 1791, y por medio de todo esto, atravesaba, movido por un impulso secreto y continuado, pero siempre avanzando, el espíritu irresistible de una gran renovacion social. Con tales elementos, ¿que podia resultar que no fuese, lucha, anarquía, crímenes, y asesinatos? Ningun partido tenia la razon, ningun hombre el talento, ninguna alma la virtud, ni ningun brazo la energía suficiente para dominar este caos espantoso y hacer que saliese de él la justicia, la verdad, y la fuerza. Unas mismas causas producen siempre los mismos efectos. Luis XVI era justificado y deseaba el bien, pero debió haber comprendido desde las primeras tentativas de la revolucion, que para el primer gefe de un Estado no hay otro papel posible en circunstancias semejantes, que el de ponerse á la cabeza de la nueva idea, y combatiendo lo antiguo, reunir en su persona el doble concepto de gefe de la nacion, y gefe de partido. El papel de moderador no es posible á quien no posee la confianza de todo el partido que se quiere llevar por el camino de la moderacion. Enrique IV adoptó este papel para sí, despues de haber vencido; si lo hubiese hecho

antes, no solo no habria sido rey de Francia, sino que hubiera perdido la corona de Navarra.

La corte era egoísta y corrompida y únicamente defendia al rey por propia utilidad. El clero, aunque adornado de virtudes cristianas, carecia de virtudes cívicas, y como Estado que existe dentro de otro Estado, su vida no se identificaba con la vida de la nacion. Independiente por su índole particular, creia que su suerte era independiente de la de la monarquía, y para que se uniese á esta, cuando la vió amenazada, fué preciso que viese tambien el peligro que corrian sus bienes, y entonces apeló á la fé de los pueblos, para salvar aquellas riquezas. Los pueblos eran ya sordos á su voz, y no veian en los monges y en los obispos, sino unos hombres que querian vivir á costa de su sudor. Afeminada la nobleza por una larga paz, emigraba en masa abandonando al rey en medio del peligro, persuadida de que pronto habria una intervencion armada de las potencias extranjeras que volveria las cosas á su antiguo ser. El estado llano, lleno de envidia y de despecho, pedia su emancipacion con tales alaridos que su justicia tenia todo el aspecto de una venganza desesperada.

La Asamblea reunia en su seno, todas las debilidades, todo el egoísmo, y todos los vicios del resto de la nacion. Mirabeau era venal, Barnave envidioso, Robespierre fanático, el club de los jacobinos cruel, La Fayette irresoluto, y el gobierno nulo. Nadie queria la revolucion sino para explotarla á medida de su capricho, y cien veces se hubiera estrellado contra tantos escollos, si no hubiese en las crisis humanas cierta cosa mas fuerte que los hombres que las dirigen: esta cosa es la crisis misma.

Nadie comprendia entonces toda la latitud de la revolucion á no ser Robespierre y los demócratas puros. El rey no veia en ella sino una gran reforma, el duque de Orleans una numerosa faccion, Mirabeau la parte po-

lítica, la Fayette la constitucional, los jacobinos una venganza, el pueblo el abatimiento de los grandes y la nación su patriotismo. Su paradero final nadie se atrevía a adivinarlo.

Resulta de lo que acaba de decirse, que todos estaban ciegos, menos la misma revolución. La virtud de esta se hallaba en la idea misma que obligaba á todos aquellos hombres á llevarla á cabo, pero no en los que lo ejecutaban. Todos sus instrumentos estaban viciados, corrompidos, y obraban por personalidades y resentimientos particulares, pero la idea era pura, incorruptible y divina. Los vicios, la ira, y el egoísmo de los hombres, debían producir inevitablemente las crisis, los choques, las violencias, las perversidades y los crímenes, que son á las pasiones humanas, lo que las consecuencias á los principios de donde se derivan.

Si alguno de los partidos ó de los hombres que desde un principio se mezclaron en aquellos grandes acontecimientos, hubiese tenido por norte su virtud, en vez de dejarse arrebatar por la pasión, se hubieran evitado tantos desastres, y ellos y la patria se hubieran salvado. Si el rey, hubiese sido firme é inteligente, el clero desinteresado, la aristocracia justa, Mirabeau íntegro, La Fayette decidido, y Robespierre humano, la revolución se hubiera desarrollado magestuosa y serena sobre la Francia y sobre el resto de Europa, como un pensamiento divino, y se hubiera instalado como una verdadera filosofía en los hechos, en las leyes, y en los cultos.

Escrito estaba que había de suceder todo lo contrario. El pensamiento más santo, justo y piadoso, cuando tiene que rozarse con la imperfección humana, sale despedazado y goteando sangre de manos de los mismos hombres que le han concebido, que al verle en estado tan lamentable no quieren reconocerle por suyo. Solo sobre la santa verdad no tiene poder el crimen, porque aquella sobrevive á todo, hasta á sus mismas víctimas.

La sangre que mancha á los hombres deja pura la idea, y á pesar del egoísmo que procura envilecerla, de las bajezas que tratan de detener su curso, y de los atentados que la deshonoran, la revolución por inhumana que parezca, al cabo se purifica, se rehabilita, triunfa y triunfará siempre.